

PRESUPUESTO DE LA VIDA.

Un hombre ordenado debiera llevar cuenta diaria del tiempo que ha vivido, y del que, salvo fuerza mayor, le queda por vivir; entendiéndose como día perdido aquel en que no ha dedicado el menor momento al estudio, esto es, á nuestro perfeccionamiento moral.

Si se trata de colocar á interés una buena suma de dinero, destinada á cubrir nuestras atenciones durante el periodo de la vida, todos nos hallaríamos conformes en hacer producir el mayor tanto por ciento á cada céntimo; pero se trata de una suma de horas, y apénas si nos preocupa la idea de economizar algunas para aprovecharlas convenientemente.

A fijarnos un poco, observaríamos que esta suma es mucho menor que la de las pesetas empleadas en todo el curso de nuestra existencia.

En efecto, un hombre que gasta anualmente por término medio de tres á cuatro mil pesetas, al cabo de sesenta á setenta años habrá gastado de doscientas á trescientas mil, y en ese mismo tiempo escasamente habrá vivido trescientas mil horas, lo que nos da un consumo de peseta por hora.

Formulemos un cálculo sencillo: de las 24 horas del día concedamos siete al sueño, tres para las comidas, recreo y distracciones, y nos quedarán 14 útiles, ó sean ciento, aproximadamente, por semana y cinco mil ciento diez al año.

Si para los casos de enfermedad y otros deducimos las 110 del pico, y aun las 24 del día 366 de los años bisiestos, tendrémos en números redondos cinco mil al año, ó cien mil á los veinte, ó trescientas mil á los sesenta, para emplearlas en el trabajo.

Conviene advertir que estas cifras no son exactas, y que las calculamos de memoria, pero para el objeto es lo mismo.

Este máximo de trabajo no es posible alcanzar, porque de la duración total de la vida hemos de quitar la época de la infancia y la de la extremada vejez.

Así y todo, reunimos una respetabilísima suma de horas aprovechables que debemos economizar, porque nos es imposible aumentar-

las á nuestro capricho, y desgraciadamente no nos apercibimos de su falta ni del valor que tienen hasta que las hemos perdido, sin tomar-nos siquiera el trabajo de llevar la cuenta.

Por ejemplo, una persona de 40 años ya no puede contar razonablemente más que bajo la base de 20 años, ó sean cien mil horas de vida probable.

¿Cómo, pues, emplearémós tantas horas tan fácilmente prodigadas en el primer tercio de nuestra existencia?

Durante los diez primeros años, por lo general, el desarrollo físico absorbe todas las facultades del niño, y gracias si en ese periodo de tiempo ha empleado de tres á cuatro mil horas en adquirir nociones de hechos é impresiones diversas, que más tarde, cuando adolescente, han de servirle de buena cimentacion para el estudio.

Los diez años que siguen, consagrados exclusivamente á la instruccion, representan un total de 30.000 horas, aplicadas á los cursos de segunda enseñanza ó escuelas profesionales.

Y con esto no se habrá hecho más que empezar, pues lo aprovechable comienza despues de la inversion cuando ménos del tiempo ya descrito.

¿Qué son cinco, diez ni veinte mil horas dedicadas á un arte ó ciencia?

Preguntad á un músico ó un pintor cuántas horas han empleado en perfeccionarse en su arte hasta llegar á la celebridad; si tienen memoria, os asustará la suma.

A los 25 años, terminada la carrera, y cuando el hombre empieza á ejercerla, es cuando ménos debe perder el tiempo; quiere ser un buen médico, un excelente abogado, un reputado ingeniero, pues los días le resultarán cortos para el estudio.

Muchos creen que esta es la ocasion de cerrar los libros, y no volverlos á abrir; pero en el día son tantas las materias nuevas, tales las innovaciones, tan grandes las reformas que la sociedad va sufriendo, que pasarse sin estudio las 24 horas, ya lo hemos dicho al principio de estas líneas, es un día perdido que no vuelve.

Por eso hoy lo pierdo yo tan lastimosamente, escribiendo este artículo, cuyo epígrafe debiera decir: *Consejos vendo, pero para mí no los tengo.*

ALFREDO DE LAFFITTE.

